

Violencia y trabajo

Humanizar el mundo laboral, una cuestión que afecta a toda la sociedad

Valentín Martínez-Otero Pérez

Profesor de la Universidad Complutense y presidente del Centro Asturiano de Madrid



El compromiso con la humanización del mundo laboral, es decir, con la personalización del trabajo en cuanto actividad ética y productiva, física o intelectual, exige promover las mejores condiciones de desarrollo y realización, libre de cualquier forma de violencia. Esta senda de acrecentamiento a través del trabajo rebasa el plano individual y alcanza a la sociedad en su conjunto.

El término «trabajo» se deriva del latín «tripalium» (tres palos), un instrumento de tortura constituido por tres maderos cruzados a los que era atado el reo para azotarlo. La raíz de la palabra nos recuerda la presencia en el trabajo de un componente de esfuerzo y dolor, que necesariamente nos lleva a reflexionar sobre la actividad laboral actual, sin olvidar que a menudo quienes más sufren son los desempleados.

El trabajo constituye una vertiente fundamental de la vida humana que reclama tarea preventiva conjunta frente a la amenaza del distrés (estrés negativo), la alienación, la injusticia, la violencia y cualesquiera otras condiciones que lo degradan. Ese esfuerzo colaborativo se materializa a través de los derechos, pero también de las obligaciones, los valores, los conocimientos, las aptitudes, y permea en las relaciones, en cuyo núcleo se encuentran las emociones, tradicionalmente excluidas del ámbito laboral, aunque hoy, con acreditado cambio de paradigma, se reconoce que su despliegue y regulación pueden contribuir a la dignificación laboral y a la prevención de la violencia.

La convivencia en el mundo laboral, como en cualquier otro terreno, puede debilitarse, quebrarse o perturbarse de forma considerable. Esto es lo que sucede cuando hablamos de conflictos en las relaciones humanas en el trabajo. Aunque las tensiones interpersonales no son necesariamente negativas, en ocasiones los enfren-

tamientos adquieren un cariz violento o destructivo que anula la convivencia y pone en peligro la integridad (psíquica y física) de las personas.

A pesar de que no hay una noción universal para la violencia en el lugar de trabajo, lo que entorpece la investigación, la identificación y la adopción de medidas preventivas, es frecuente distinguir varias modalidades (verbal, física, psicológica o sexual) y reconocer que se trata de un fenómeno que resulta particularmente inquietante a nivel mundial. Puede producir graves consecuencias en quienes la sufren, como severas perturbaciones en la salud física y mental, acompañadas de negativos desequilibrios emocionales (agotamiento, ansiedad, miedo, ira, hostilidad, estado depresivo...), al igual que reducción del bienestar, de la conexión relacional y del compromiso de las víctimas con la organización laboral, cuyo clima socioafectivo y moral puede ser manifiestamente anómalo.

Recientemente, en España, el Instituto Nacional de Seguridad y Salud en el Trabajo (INSST, 2022) ha consignado que la violencia laboral, en sus distintas manifestaciones, representa un riesgo significativo y grave, e incluye en el espectro de la violencia laboral los abusos, las amenazas o los ataques que sufre el personal en su centro de trabajo en circunstancias relacionadas con su actividad laboral, y que ponen en peligro, implícita o explícitamente, su seguridad, su bienestar o su salud (física y/o psíquica). En el amplio repertorio conductual de la violencia se ubica la modalidad física (agresiones corporales al trabajador o daños en propiedades de la organización o del personal) y la modalidad psicológica (intimidación, amenazas y otras acciones susceptibles de causar daño psíquico y moral, etc.). En función de cómo se produzca la exposición a este riesgo, la situación se puede caracterizar como acoso laboral, violencia ocupacional, acoso sexual o acoso discriminatorio.

En la lucha contra la violencia en el trabajo es esencial el despliegue de la estrategia preventiva (primaria, secundaria y terciaria). La prevención primaria tiene lugar antes de que la violencia aparezca, trata de contrarrestar los factores que pudieran ge-



nerarla y, en su vertiente pedagógica, fomenta un ambiente laboral colaborativo y satisfactorio, apropiado para el desarrollo personal y profesional. La prevención secundaria se centra sobre todo en los sectores que presentan mayor riesgo de protagonizar o ser víctimas de la violencia. Desde este nivel se realiza un esfuerzo para identificar lo antes posible la violencia y minimizar su impacto una vez que ha eclosionado. La prevención terciaria, por su parte, se destina a evitar la cronicidad de la

La convivencia en el mundo laboral, como en cualquier otro terreno, puede debilitarse, quebrarse o perturbarse de forma considerable. Es lo que sucede cuando hablamos de conflictos en las relaciones humanas en el trabajo

Con sabor a guindas

La tristeza de no ser escuchados

La experiencia de los jubilados, un activo a no desdeñar



Emilio Serrano Quesada

Ser escuchado y escuchar, ¡qué bonito ejemplo de entendimiento! El menos necesario para la satisfacción de los que ya tenemos una edad avanzada y estamos en

el deseo de aportar nuestros conocimientos de una forma desinteresada pero que nos confiera de una felicidad de que aún estamos aptos para ese servicio de ayuda, a la familia, a las amistades, a la empresa y a la sociedad.

Me llevan estas afirmaciones a un comentario que recoge LA NUEVA ESPAÑA del conocido empresario Carlos Slim, que propone semanas laborales más cortas y una jubilación a los 75 años, según su criterio, como un intento de duplicar la oferta, y mantener por un tiempo la experiencia.

Su idea tendrá opiniones varias, todas respetables, si bien es cierto que en la actualidad existen jubilaciones a una edad aún válida para que la sabiduría de la experiencia sea compartida con los sucesores.

Son los resultados de esta vida llena de complicaciones, carente o al menos indiferente, que pasa de largo de contemplar la figura de esa persona mayor que se asoma con cariño para seguir siendo servicial

Todos aquellos a los que se les otorga el título de emérito saben perdonar y desean que en el futuro se termine con la tristeza de no ser escuchados, para que el diálogo sea entendimiento entre todo tipo de edades y todos unidos construyamos esa sociedad que nos lleve al mejor de los destinos

con una auténtica entrega a mostrar sus reflexiones y experiencias.

Pero ni aún así, sea cual fuere la profesión, se nos deja la ocasión de ser escuchados. Dicen los que se sienten adelantados que es ley que la vida marca y los jubilados han cumplido ya su misión. Pero no es así, queridos sabios que no queréis escuchar, y en muchas ocasiones por no

acatar el consejo acabaréis sufriendo vuestros errores.

Al margen de esta situación, digamos corporal, de la palabra que no es escuchada, a la persona mayor le queda esa desilusión espiritual que gobierna sus sentimientos y daña profundamente su estado de ánimo, perjudicando su paz y calma.

Los que estamos en el campo de esa edad madura, y que lo hemos dado todo para el bien de nuestro oficio y de nuestra región, debemos de mantener la firmeza de nuestro criterio para no herir nuestra vida interna y reforzar nuestra confianza.

El tiempo, testigo de tantas cosas, vendrá a darnos la razón, ya que si el fracaso existe por no escuchar el consejo, se lo ofrecemos de nuevo prestándoles toda ayuda necesaria para que el éxito les acompañe.

Y como era de esperar, todos aquellos a los que se les otorga el título de eméritos saben perdonar y desean que en el fu-

violencia y a atender a las víctimas, al igual que a la reinserción de los causantes de la violencia.

Si nos centramos en el mobbing o acoso psicológico, cada vez con mayor protagonismo jurídico y clínico-forense, acrecentado en entornos estresantes, y cuyos efectos pueden ser muy negativos tanto para las personas que lo sufren como para las organizaciones, resulta clave a nivel preventivo la mejora del ambiente laboral, en el que ocupa un lugar destacado la gestión, a un tiempo técnica y ética, racional y emocional, pues implica la toma de decisiones que influyen en el conjunto de la organización, tanto en la actividad como en las relaciones interpersonales.

Por su potencia plástica recordamos ahora la reciente y laureada película «El buen patrón» (2021), dirigida por Fernando León de Aranoa, que en clave sarcástica, esperpéntica y humorística refleja los riesgos psíquicos derivados de un clima laboral opresivo, aunque se maquille de ambiente familiar. En la referencia fílmica ofrecida el responsable de la atmósfera coercitiva es el empresario, pero para no incurrir en un maniqueísmo (empresarios/malos versus trabajadores/buenos) tan inocente como nocivo debe precisarse que todo empleado, por humilde que sea su posición, contribuye en mayor o menor cuantía al establecimiento de las condiciones psicosociales en la organización. Las características de un determinado ambiente laboral, en su vertiente humana o relacional, dependen en gran medida de las personas que lo constituyen, sin que se soslaye que a priori cuanto más modesta sea la posición ocupada por el trabajador en el escalafón menor será su capacidad de influencia.

Tanto la estrategia preventiva de la violencia, incluido el mobbing, como el fomento de la convivencia laboral pueden servir de cauces formativos diferenciales, según se trate de directivos o trabajadores, que contemplen, entre otros aspectos, la regulación emocional, el manejo de la frustración y del estrés, el clima organizacional, la participación, así como la orientación positiva de la comunicación y de la conducta con arreglo a las exigencias de la dignidad humana cualesquiera que sean las circunstancias en que se trabaje, si se tiene esa suerte, porque debe recordarse que en España el número de desempleados se acerca a los tres millones, una de las cifras más elevadas de la Unión Europea.

turo se termine con la tristeza de no ser escuchados, para que el diálogo sea entendimiento entre todo tipo de edades y todos unidos construyamos esa sociedad que nos lleve al mejor de los destinos.

Sabido es que existen en Asturias varias asociaciones bien organizadas, como por ejemplo FADE, AEFAS y OTEA, a las que pertenezco y les tengo un especial cariño por las atenciones de ellas recibidas; al igual que ocurre en otros campos, como el transporte, la alimentación, la ganadería, la enseñanza o la medicina. También los jubilados tenemos la nuestra que, como todas las anteriores, guiadas por la sabiduría de la experiencia, tratan de escuchar y ser escuchados con la colaboración del Gobierno asturiano, para hacer una labor de unión tan necesaria para la buena marcha de nuestro querido Principado de Asturias.

Una situación ideal y permanente sería la de no rechazar nunca la sabiduría de la experiencia que puedan aportar madurez y juventud. Y decimos, unos a otros: «Te escucharé, si me necesitas llámame».

Mirar pintando

La experiencia del artista que contempla el trabajo ajeno

Francisco Fresno
Pintor



Si nos preguntamos cómo miramos los pintores las obras propias y ajenas, deberíamos partir del hecho común de que todos miramos la realidad desde lo que somos, con nuestro bagaje, sensibilidad, experiencia, intereses... Un mismo paisaje lo ven de forma diferente un fotógrafo, un botánico o un pastor. Igual sucede ante una obra de arte. Pero en el caso del pintor respecto a la obra propia, se da algo exclusivo como condicionante, pues nunca puede verla como otro espectador, ya acabada y descubriéndola con una mirada nueva, al tener en su memoria la vivencia de todo el proceso, desde el primer estímulo que le sirvió como arranque hasta el resultado final.

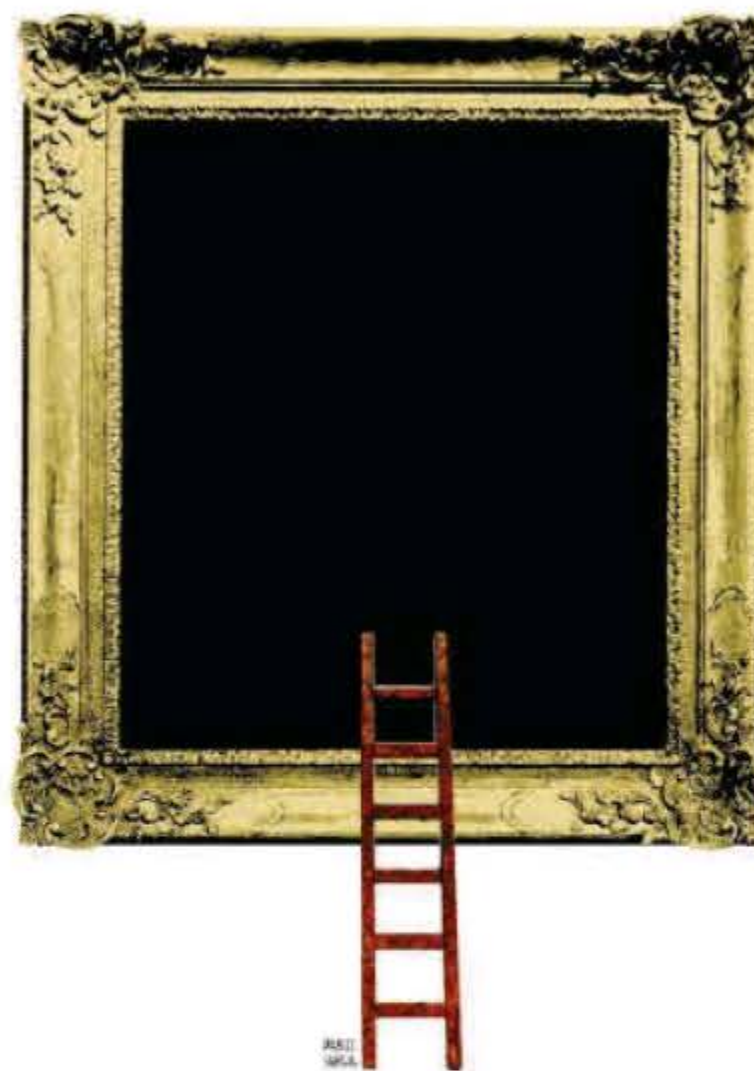
De forma distinta contemplamos una pintura ajena, al ponemos con cierta empatía en el lugar del compañero o compañera que la creó, pasando de nuestra particularidad a la suya. Aunque a veces, sin poder evitarlo, vayamos mentalmente más allá de la propia realidad de su obra, recreándola, imaginando una posible continuación o distintas derivas a partir de sus sugerencias, algo que podemos asociar a lo que coloquialmente entendemos como deformación profesional, aunque en el arte, como en casi todo lo creativo, resulte difícil separar la deformación de una formación con necesidad de ensayo continuo.

Ese ponerse en el lugar del otro, en el caso de la pintura, además de entenderse como una empatía en la que se funde lo mental con lo que corresponde a la disciplina pictórica, también comprende para cualquier espectador la literalidad espacial, de ponerse en el lugar físico que antes ocupó el pintor frente a su obra mientras la ejecutó. Aunque de una u otra forma esto pueda darse en distintas disciplinas del conjunto de las artes, el pintor necesita exhibir sus obras para ceder su puesto, abriendo una otredad con el testigo de su creación.

Por ello, si nos aceptamos como verdaderos destinatarios atraídos por las obras de arte, nos corresponde un papel activo. Y cuando de forma general hablamos de espectadores, debe darse por supuesto el papel destacado de quienes ejercen una autoridad responsable como especialistas y estudiosos en todas las vertientes del sostén material e intelectual que necesita lo artístico: historiadores, conservadores, técnicos, científicos, restauradores, ensayistas...

En cualquier caso, la contemplación de una obra de arte siempre lleva, en mayor o menor medida, a establecer un nexo con el autor, pues toda mirada se proyecta constructora en su ida y vuelta: con una ida no neutral, pero permeable, y una vuelta distinta al regresar influida por lo contemplado. Como ejemplo de ese nexo con un guiño entre las dos partes tenemos Las meninas de Velázquez, una pintura que permanece inagotable y abierta como generadora de todo tipo de estudios y ensayos.

En ella, al otro lado del lienzo que nosotros vemos por detrás, se encuentra Ve-



La contemplación de una obra de arte siempre lleva, en mayor o menor medida, a establecer un nexo con el autor, pues toda mirada se proyecta constructora en su ida y vuelta

lázquez mirándonos mientras habitamos su escenario externo, renovándose en nuestra propia temporalidad, proyectándose en nosotros desde lo que a él lo circunda en la escena pintada, en la que se aúna lo temporal, lo espacial y lo simbólico, con los reyes en un plano más alejado dentro del reflejo difuso de un espejo, desde el que contemplan el acontecer de la escena que va desde su tiempo hasta el nuestro con Velázquez por el medio.

El cuadro, tal como fue concebido, incluyéndonos a los que lo miramos desde el espacio exterior, no deja de ser una narración que seguimos interpretando nosotros, pronunciando a Velázquez para nuestros adentros, viéndolo en el lugar que para sí eligió, por delante de Felipe IV y Mariana de Austria, lugar desde el que nos mira incitando a que nosotros también lo miremos a él, consiguiendo con ese encuentro de miradas que se sigan sustentando juntos el tiempo y el arte en el transcurrir de su continuo cuándo, con su cómo junto al nuestro.

Velázquez nos sigue mirando desde su obra para encontrarse con nosotros, pero, en sentido inverso, ¿cómo mira cualquier otro pintor desde fuera las pinturas ajenas para encontrar una correspondencia con ellas?

Ante una pintura de grandes dimensiones de Marck Rothko, por ejemplo, con las grandes manchas de color diluidas en sus bordes, uno solo puede dejarse absorber por ella para ir hacia su aden-

tro como antes lo hizo la pintura misma absorbida por el lienzo. En este caso, como pintor y espectador resulta difícil repintar mentalmente las obras de Rothko. Sus pinturas atraen como obras de fondo a todos los efectos, abiertas a la totalidad, aunque esto no ocurre igual con otros pintores.

Cuando hace diez años visité la exposición retrospectiva de Antonio López en el museo de Bellas Artes de Bilbao, sus obras no me permitieron desentenderme de ellas como pintor, igual que le ocurrió a él mismo cuando tuvo que trabajar el tiempo de los membrillos, tal como vimos en el film de Víctor Erice, «El sol del membrillo», bajando las marcas en el cuadro a medida que los frutos maduraban cogiendo más peso.

Pero esto de trabajarle mentalmente las obras a Antonio López, para que no parezca inmodestia ni arrogancia propia, queda explicado en una de sus declaraciones cuando dijo que en esa exposición estaban sus aciertos y errores, lo que correspondía a los momentos lúcidos y los mal resueltos desde sus 17 años hasta entonces, mostrándose de cuerpo entero y con obra aún en proceso. Esto último fue lo que como espectador activo me llevó a añadir pinceladas con más materia, a ajustar algunas composiciones, a completar lo inacabado... Y todo ello sin que se enteraran los vigilantes de seguridad de las salas, ni Antonio López tampoco.

Así es como uno ha decidido con osadía —para qué negarlo—, tomarse la libertad de partir de pinturas de maestros que admira con intención de homenajearlos, iniciando una serie titulada como este artículo, «Mirar pintando», gracias al préstamo que sus obras abren con las luces que las revelan, mostrándonos cómo posa abierto lo pintado, motivo inspirador para continuarlas con una profesional de formación de los propios arranques creativos.